

# Los Contemporáneos



JUVENTUD

Núm. 657

NOVELA POR

15 Cts.

Juan López Núñez

34





No evité se marchitara  
del rosal la fresca rosa.  
Mas detener pude al tiempo  
siendo empresa peligrosa.  
Conseguf tanta ventara  
con la crema PECA CURA.

Jabón, 1,50; Crema, 2,50; Polvos, 2,50;  
Agua Cutánea, 5,50; Agua de Colonia,  
3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco.  
Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco.

#### ULTIMAS CREACIONES

#### PRODUCTOS SERIE "IDEAL"

Acacia, Mimosa, *Ginesta*, Rosa de Jericó, *Ad-  
mirable*, Matinal, *Chipre*, Rocio Flor, *Rosa*,  
Vértigo, *Clavel*, Muguet, *Violeta*, Jazmín.  
Jabón, 3; Polvos, 4; Loción, 4,50, 6,50 y 20  
pesetas, según frasco. Esencia para el pañue-  
lo, 18 pesetas, frasco en estuche.

Certés Hermanos.—(Sarríá).—Barcelona.

## FABRICA DE CORBATAS

CAMISAS. GUANTES  
GENEROS DE PUNTO

ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMÍA

12, CAPELLANES, 12

PRECIO FIJO

Obras últimamente

publicadas

DE

**AUGUSTO MARTINEZ**

— **OLMEDILLA** —

RESURGIMIENTO, novela, 3,50 pts.

TENTRO DE MARIONETAS, 3,50 pts.

EL MAL MENOR, novela, 4 pts.

De venta en las prin-  
cipales librerías.

## MONTANO

Además de los pianos de esta acreditada fabricación,  
participa al público haber recibido nuevos de Rön-  
nisch, de Alemania, y otras marcas extranjeras en  
autopianos.

Calle de San Bernardino, núm. 3, Madrid.

La dirección advierte a  
los colaboradores es-  
pontáneos que no se de-  
vuelven los originales  
ni se mantiene corres-  
pondencia sobre ellos.

DIRECTOR: AUGUSTO MARTINEZ OLMEDILLA

R-14884 - A 184

# JUVENTUD

NOVELA DE ESTUDIANTES Y AVENTURAS



*A mi gran amigo Pepe Tapia, en recuerdo de muchas horas felices y como tributo de verdadera amistad.*

## I

Seguido de sus alumnos, recorría don Gonzalo Menéndez la sala de los incurables, explicando como de costumbre los casos clínicos más importantes. La mayoría le escuchaba sin atención porque casi todos aquellos muchachos, futuros hombres de ciencia, tenían llena la imaginación de ilusiones, anhelos y fantasías más en consonancia con la juventud. El buen don Gonzalo comprendió así; pero por deber y humanidad era el más exigente y puntual de todos los catedráticos de la gloriosa Facultad de Medicina matritense.

En ella habíase desarrollado su vida entera. Enfermero en su mocedad en San Carlos, después de mil esfuerzos y penalidades, se había licenciado en Medicina, aprendiendo a curar el dolor en las fuentes de la miseria. Sus primeras aulas fueron el desvalimiento y la orfandad. Por estas circunstancias conocía tanto a los enfermos del corazón y del cuerpo, a

los que sabía aplicar la doble terapéutica que su experiencia le suministraba. En el fondo de su alma había un poco de desdén hacia aquellos señoritos que estudiaban entre regalos y ocios, con tan poco entusiasmo como falta de necesidad; pero la verdadera sabiduría es transigente, misericordiosa y noble. Al fin los perdonaba sin acordarse mucho de su pasado angustioso.

¡La sala de incurables! Bien dicho no se llamaba de aquella manera; pero casi todos los que allí eran instalados ya se sabía que tarde o nunca habían de curarse. Eran casos típicos, enfermos de estudio, páginas sueltas de la patología humana, lecciones, campos de experimentación, piltrafas...

La mañana invernal y cruda estaba iluminada por un sol radiante que tenía fulgores primaverales. A través de los vidrios de las ventanas veíase llenando de luz el jardín vecino, donde moribundas plantas recibían sus

besos, sacudiéndose la escarcha de la pasada noche. De aquel jardín era de donde ascendía, muy de tarde en tarde, un perfume risueño y acariciador que hacía estremecerse a los pacientes, llenos de esperanza. Eran aquellos los días que aprovechaban las monjas para sembrar las semillas de la religiosidad entre los enfermos, que las escuchaban conmovidos, sobre todo a Sor Caridad, religiosa gaditana, más alegre que un cascabel, joven y bonita, más buena que un ángel. Tempranos desengaños familiares, precoces disgustos y penas íntimas hicieronla profesar y consagrarse a los infelices, que tomaban a milagro la presencia de Sor Caridad, porque de no ser milagro, ¿cómo explicarse que aquella niña morena y agraciada, risueña y optimista, afable y seductora se aviniese a vivir en las cavernas del sufrimiento?

¿Cuántas veces su voz de plata era como un dulce y melodioso eco de la voz querida de la hermana ausente, de la novia ingrata, de la madre dolorida, de la hija desgraciada!

Sin mogigaterías ni melindres, miraba cara a cara siempre. Sus ojos negros y puros iban a todas partes con la fijeza de la inocencia. Y era fama que cierto día de gran fiesta en el hospital, había cantado coplas populares de Andalucía con la desenvoltura de una buena chica.

Así es que todos la amaban. Era otro rayo de sol en aquel jardín siempre cubierto de nieve; jardín de plantas heridas, mustias y dolorosas; jardín donde los corazones desfallecidos acogían su presencia con gratitud: profesores, alumnos y pacientes.

Como de costumbre, acompañaba a don Gonzalo aquella mañana en su cotidiana visita. De sus propios labios escuchaba las recomendaciones más eficaces y los consejos y advertencias propias de cada caso. Por algo era la colaboradora más entusiasta en aquella magna y filantrópica

tarea de salvar a los que no tenían salvación.

La visita se desarrollaba sin incidentes. Todos llegaban a las últimas camas, cuando don Gonzalo, deteniéndose ante la señalada con el número 24, se puso a examinar a la enferma que la ocupaba, mujer de avanzada edad, que con ojos dilatados por la ansiedad lo miraba. Pobre y tímida campesina, siempre le inspiraba un gran temor aquella muchedumbre de estudiantes que con tan extraordinario aparato pasaba por la sala. Aquella constante exhibición de sus males haciale estremecerse de espanto y vergüenza. Y se acordaba de su pueblo, donde se hallarian sus hijos y a donde quería volver a todo trance, para no morir así, delante de tantos ojos...

De pronto don Gonzalo dió una gran voz, y todos los que cuchicheaban guardaron un respetuoso silencio.

—¿Esta enferma está peor!—gritó.

—Señor—balbució la infeliz.

—No ha tomado lo que yo mandé—añadió el catedrático—. ¿Por qué?

—Perdón, don Gonzalo; pero...—interrumpió sor Caridad.

—¿Y el interno de guardia?—inquirió casi furioso don Gonzalo.

—Es que... es que...—dijo la monjita.

—¿Qué?—volvió a decir el iracundo profesor.

—¿Perdónelo, señor!—suplicó la monja.

—¿Quiere explicarme de una vez?

—No me atrevo... El señor Jiménez ha tenido un enfermo en su domicilio; uno de su familia, y no ha dormido en el hospital.

Veíasela que mentía. El rubor que coloreaba sus blancas mejillas la delataba. ¡Eran tantas las noches que el señor Jiménez abandonaba sus guardias y no dormía en el hospital!... Rápidamente se hizo cargo don Gonzalo de lo sucedido. No quiso humillar a

sor Caridad demostrándole que faltaba a la verdad. ¡Allá ella con su confesor y con su conciencia! No dijo nada. Ceñudo y adusto repitió la fórmula y camino adelante siguió su vi-

sita, mientras la pobre monjita, desfallecida, temblorosa, medio muerta, decía entre dientes:

— ¡Perdónome, Jesús, esta mentira!  
¡Perdóname...!

## II

Antonio Jiménez, presentado tan bruscamente a nuestros lectores con el sonoro *señor* que sor Caridad le aplicó aquella memorable mañana, era lo que entonces se llamaba un buen chico y hoy llamaríamos un luchador. Hijo de una familia humildísima de Extremadura, cursaba el cuarto año de Medicina, ganándose por sí propio su sustento. Modelo de estudiantes siempre, era el orgullo de sus padres, que adoraban aquel hijo tan bueno, estudioso, abnegado y noble, que, privándose de todo, después de cubrir sus escasísimos gastos, todavía tenía la rara virtud de ayudarles con lo que podía.

Probo y económico, honrado a carta cabal, buen estudiante y buen muchacho, inteligente y culto, no se le conocían más distracciones que las de asistir los sábados al ya desaparecido café de la Paz, donde, en unión de sus compañeros, pasaba las horas oyendo una banda militar, leyendo folletos científicos o novelas de Galdós, soñando unas veces y otras muy despierto, ajeno por completo a lo que en torno suyo se agitaba a diario. Contemplada a simple vista, aquella juventud sin juventud hacíase desagradable, pero examinada después, no se sabía lo que era más digno de admiración, si el valor que suponía no decir nada, pudiendo decir tanto, o la humildad con que oía un juicio sobre el torero de moda o la zarzuela en auge. El callaba, callaba siempre. Todos eran superiores a él.

porque casi todos eran ricos o casi ricos. El, no.

Por eso le llamaban sus compañeros "Pepita Jiménez". Porque ¿no tendría algo de afeminamiento aquel su incomprensible desvío hacia las mujercuelas que siempre compartieron con los estudiantes el doble alimento del amor y las calabazas de los exámenes?

¡Afeminamiento! ¡Si ellas supieran que en aquel corazón hermético y misterioso había pasiones enfrenadas por una voluntad de hierro...! Lo que ocurría era que en aquella alma tan viril no tenía cabida el vicio. Era de una rigidez espartana, y antes de admitir alguno de aquellos concubinatos de sus camaradas se hubiera muerto. El día que él tuviera una mujer sería suya nada más. Era celoso y moruno, y no podía aceptar aquellos amoríos de las mozas de ocasión que llenaban el corazón de sus amigos de risas y de canciones; pero después de haberse arrastrado en el desorden y el mal.

Antonio Jiménez tenía carácter, y prefería no hablar de nada a discutir de toros. Cuando le apesadumbraba el estudio, descarsaba en la lectura, y cuando, fatigado de leer, quería dar reposo a su imaginación, escuchaba la banda militar, que raras veces, muy raras, ejecutaba óperas, aquellas óperas que tanto le deleitaban a él, que hubiera dado la vida por haber ido una sola vez al teatro Real.

Sus compañeros de estudio recono-

cían la superioridad que sobre todos tenía. Le admiraban inconscientemente comprendiendo que aquel muchacho sería alguien. Con veintitrés años a la sazón, el porvenir era suyo. Terminaría la carrera, y unas oposiciones cualesquiera le colocarían en

brillante y envidiable posición. De allí a la gloria no había más que un paso.

Su nombre acaso se uniera a los de los ilustres maestros de la Facultad, envidia del mundo y orgullo de España en aquellos días.

### III

La república estudiantil, constituida por obra y gracia de la jocosa casualidad en un piso tercero de la calle del Olmo, hallábase agitada por la sorpresa. La casa de huéspedes adquirió por aquellos entonces el aspecto de las grandes solemnidades, aunque no era época de exámenes. Todos los estudiantes residentes en aquella mansión inolvidable y juvenil preguntábanse con cierta alarma lo que le sucedía a Antonio Jiménez, que salía todas las tardes y casi nunca dormía en la casa. La escena del hospital, pronto divulgada, acabó de llenar de extrañeza a todos. Y después de amplio debate, acordó someter al acusado a un verdadero y terrible interrogatorio.

Así se convino, e iba a ejecutarse en pleno comedor, donde unos cuantos jovencuelos hacíanse la ilusión de que comían, tomando por alimentos aquellos símbolos nutritivos que la desenvuelta doña Petra les servía por dos cincuenta diarias.

La tal doña Petra no era ajena a la conjura. Desvivíase por un chisme y era muy amiga de que sus huéspedes tuviesen entretenidos amores de que hablarle a ella, que, por otra parte, gustaba de galanteos y trapisondas, como podía asegurar Luis Gómez, estudiante de Farmacia, ojito derecho de la doña Petra, que lo quería con todo el ardor de sus treinta

y cinco años y todo el fuego de una naturaleza fuerte e insaciable.

Ella fué, por otra parte, la que sedujo al doncel, aprovechando una enfermedad del muchacho, que, lejos de los suyos, cuidado por doña Petra, despertó al amor al conjuro de las caricias de la mujer.

Días memorables fueron los primeros de su idilio: para ellos, por el placer de que juntos disfrutaron; para los huéspedes, por el descuido que en todos los servicios hubieron de padecer. Viuda aquella frescota e incitante posadera del amor, bebió con ansia infinita la nueva vida que le llegaba. Tuvo felicidades de adolescente y delicias de profanada virgen. Y desde aquel entonces rodeó de tantos cuidados a su amante, que más que travieso estudiantillo parecía un dios que se dejaba adorar por aquella devota que su fortuna le deparaba.

Serío y algo grave, como correspondía a su doble papel de estudiante y al mismo tiempo casi condeño de la morada, asociábase al complot urdido para arrancar a Jiménez el secreto de su transformación. En esto se distinguía de Pepe Morillas, libertario de tomo y lomo, que capitaneaba a los mozalbetes, y era el más interesado en conocer la historia de que se trataba. Porque allí había una historia, y una historia de amor, ¡qué duda cabía!

El tal Morillas llevaba siete años estudiando el preparatorio de Medicina, y había hecho cuestión personal no aprobarlo nunca. Frisaba en los veintiséis septiembres y tenía tantas ganas de terminar su carrera como de hacerse sochantre. Verdadero doctor en truhanerías y diabluras, contábase de él mil episodios graciosos y mil anécdotas divertidas. Veterano de la Universidad, le debía dinero hasta a los bedeles, y era fama de que un terrible día de Enero le dió un sablazo al catedrático de Química para rescatar su centenaria capa de las garras de cierto prestamista de la calle de la Abada.

En todos los garitos era conocido y hasta temido. Los camareros de los cafés le perseguían a muerte, y hubo sastré que por haberle podido desnudar en plena Puerta del Sol hubieran dado su alma al diablo. Olvidadizo hasta el punto de no acordarse nunca de pagar el hospedaje, fué conducido a casa de doña Petra por un tío suyo, canónigo, que, encargándose solemnemente de abonar la mensualidad de su sobrino, dejóle entregado allí al cuidado de la sin par patrona, que ya conocía de oídas al buen Pepito Morillas, que el primer día de su estancia requirió de amores a una vecina modista, que, encantada, correspondió a sus demandas románticas, sin sospechar la casta de pájaro que era aquel que la decía cosas más bonitas que las coplas de los ciegos...

Pepe Morillas era secundado en sus andanzas y malandanzas por un admirador entusiasta que espontánea y libremente se hizo discípulo suyo, convirtiéndose en escudero fidelísimo que a todas partes le seguía y le acompañaba por donde iba.

Llamábase el compañero Pedro Gracían y era estudiante de Leyes. Más vivo que un gato chiquitín, prometía dar quince y raya a su maestro, pues no había otro para captarse la confianza y la amistad de los cerilleros de

los cafés. Era aquella una especialidad rara, algo así como una dote divina que le hacía dueño del cajón de todos aquellos pobres, que la mayor parte del año daban de fumar, sin sospecharlo a todos los habitantes del piso tercero de la casa núm. 29 de la calle del Olmo, donde revistas y periódicos nunca faltaban ni alguna que otra participación de Lotería. Eso sí. Como la Providencia es la Providencia, resultaba que algunas veces obtenían un premio, y había que ver entonces al gran Perico pagar a sus modestos acreedores y aumentar su crédito. Porque para ser hombre de provecho, hay que administrarlo todo, incluso las deudas. Así lo decía él, que tenía derecho a saberlo, porque cursaba a la sazón Economía Política y tenía aficiones de hacendista.

El fué el inventor de aquella practiquísima medida de partir las cerillas de diez céntimos en dos mitades y multiplicar así los fósforos. Desde entonces no se veía en la Universidad ningún estudiante que encendiese un cigarrillo con un mixto completo. El que sabía, partía la cerilla, y el que lo ignoraba pedía lumbre a cualquiera.

De aquella casa salían cosas verdaderamente geniales. Cada uno de sus habitantes tenía una habilidad útil, incluso Justo Ciruelo, futuro veterinario, que poseía la de avenirse siempre a prestar su americana a cualquiera de los compañeros que carecían de aquella prenda, inútil de toda inutilidad en invierno, si se tiene abrigo, como demostraron muy bien y muy elocuentemente Morillas y Gracían, que predicaban con el ejemplo y no la usaron jamás. A primeros de Octubre las despositaban en una casa de préstamos de la calle de Ave María, donde amorosamente las conservaban hasta mediados de Mayo, época en que los veteranos abrigos las sustituían en el cautiverio. Pura Economía política...

Y ya que hemos conocido a los que:

han de ser nuestros amigos durante el curso de esta historieta, no está bien que olvidemos al penúltimo de los huéspedes de aquella inmortal República del 29, nombre que en los anales de cada uno de los protagonistas de esta novela llevaría siempre la morada de su juventud. Llamábase éste Quintiliano Gómez y estudiaba para ingeniero, por más que él lo que se dedicaba a aprender era la carrera de Derecho, oculta y reservadamente. Algo literato y propenso por temperamento a la poesía, era demagogo, romántico y gran aficionado a tocar el acordeón, del que no era un virtuoso precisamente, pero sí un aficionado bastante aceptable, que servía a Morillas o a Gracián para organizar bailes en la barriada y hartarse de comer en casa de algún vecino pudiente.

Conocidos ya todos los huéspedes que en línea de batalla esperaban la llegada de Antonio Jiménez para someterlo a un terrible e imponente in-

terrogatorio, poco tenemos que decir de éste, último de los que sobrellevaban la vida en aquella alborotada mansión.

Llevaba dos días sin aparecer por la casa, y aquél amenazaba con ser el tercero. Transcurrían las horas sin que llegase, y la de la comida se deslizaba sin que asomase el fugitivo. Contrariados los compañeros, no sabían ya qué pensar, cuando le vieron entrar en el comedor, pálido, ojoso, preocupadísimo.

La pregunta que todos querían formular murió en sus labios. Adelantándose a todos, dijo Jiménez, dirigiéndose a Morillas:

—Pepe. Acompáñame ahora mismo. Te necesito.

—¿Pero no comes?—le dijo éste.

—Luego; más tarde. Vamos.

Y arrastrando materialmente al estupefacto Morillas, volvió a salir de la casa, donde los demás quedaron entregados a la tarea de explicarse lo inexplicable.

#### IV

Calle del Olivar arriba marchaban nuestros amigos, e iban a entrar en la de San Sebastián, para llegar a la plaza del Angel, cuando Morillas, viendo que su compañero no decía nada, autorizado ya por la confianza de Jiménez, cogiendo a éste del brazo, díjole, entre cariñoso y conmovido:

—“Polilio”: dime de una vez lo que te sucede, que hombre soy yo para sacarte de todos los apuros que tú tengas.

—¡Ojalá! — dijo suspirando Antonio.

—Habla, que las preocupaciones se aumentan con el silencio. ¿Qué te sucede?

—Una pequeñez. Mira.

Y sacándolo de debajo de la capa, enseñó a Morillas un libro de texto.

—¡Veinte pesetas de empeño!—dijo al verlo el buen Morillas, que conservaba en su memoria las tasas arbitrarias de todas las pignoraciones imaginables. Era tal su costumbre acerca de esto, que al ver a una persona, antes de juzgarla, calculaba lo que darían en una casa de préstamos por las prendas, alhajas o adornos que ostentase. Con los libros ocurríale igual. Obra de texto de que le hablasen, obra que mentalmente convertía en dinero. De los demás libros ni se ocupaba. Una novela, fuese de quien fuese no tenía valor, no era pigno-

rable; valía menos que un chaleco.

—¿Veinte pesetas?—inquirió Jiménez.

—Veinte pesetas o algunas más.

—Pues entonces llévate el libro y ve a buscarlo en el café de la Paz, donde te aguardo.

—¿Pero cómo es posible que tú hagas esto? No puedo creerlo.

—Un apuro.

—Grave debe de ser cuando un modelo de estudiantes como tú se decide a esto, que para mí es el pan nuestro de cada veinticuatro horas y que para ti debe ser tremendo. ¡La Histología...! ¡Nada menos que la Histología...! ¿Qué va a ser de ti sin la Histología?

—No te burles, Pepe. Los libros han sido siempre para mí los mejores amigos y más fieles compañeros. Al separarme de éste siento una gran pena; pero...

—No digas más. Comprendo lo que te pasa. La falta de la costumbre. Ya te irás haciendo, porque estudiante que no vende los libros en mitad del curso es que es un torpe....

Y marchando velozmente con dirección a la calle de la Paz, dejó estupefacto a su compañero, que lo vio desaparecer llevándose su libro, su mejor libro, su adorado libro. Pero ¿qué importaba? A pocos pasos de allí le esperaba una mujer, y ya se consolaría a su lado...

En cambio, Pepe Morillas, como general que prepara una batalla, respiraba a pleno pulmón. Hallábase en su centro. Lidar con usureros y prestamistas era una de las mayores voluptuosidades de su existencia. Era el genio del desorden. Nadie como él para enternecer a un miserable y sacarle del corazón las pesetas. Tenía una elocuencia tan sugestiva, que el que lo escuchaba dos minutos se rendía.

Radiante y satisfecho entró en aquella covacha, donde un hombre torvo, amojamado, enteco y desagradable,

escribía en uno de esos libros absurdos que se llaman de comercio. Dando un gran portazo hizo levantar la vista a la momia aquella, ante cuyos ojos puso con un gesto épico el libro, que mostrado por sus manos parecía tener mayor valor.

—Esto—casi monosilabeó. Y como viera que el usurero iba a cogerlo, se opuso vivamente, añadiendo—:

piése las manos antes, porque este libro recién comprado puede estropearse.

—Calle el señor Morillas y traiga, que acá no tenemos ganas de perder el tiempo.

—Pero ¿me conoce?

—¿Y quién no? Todavía me debe usted...

—No siga. De esta operación va a salir todo saldado. Mire esta obra. Mírela bien para convencerse de que no le falta ni una hoja ni tiene escrito nada ofensivo para la Facultad ni para ningún catedrático. Repase todo y si no me da treinta y seis pesetas de empeño es que no hay justicia ni aquí ni en Pueblo Nuevo del Terrible.

—¡Treinta y seis!...

—Treinta y seis.

—Que se le quite eso de la cabeza.

—Perdón. Se me había olvidado. Y despojándose de su sombrero lo colocó encima del mostrador.

—Cúbrase, que no me refería a eso, sino a la cantidad.

—¡Ah!... Comprendo. Quiere usted despreciar la mercancía. Hace usted lo mismo que aquellos judaicos negociantes que abusan de la oferta, que presupone necesidad, y sólo rinden culto a la demanda, como ha dicho Stuart Mill... Pero, noble amigo, ¿no sabe usted lo que vale esta obra?

—Sí.

—Pues entonces vengan esos siete duros, que le hago gracia de la peseta porque a mí cuando un hombre como usted me habla es que me conmueve.

- No doy más que cinco duros.
- ¿Cinco florines?
- Duros.
- ¿Cinco ducados, escudos, pesos?
- Duros.

—Vengan esos cinco y no me entretenga mucho no sea que me arrepienta y lleve el libro a la calle de Tudescos, donde dan más y convidan.

—¡La calle de Tudescos! Una porquería.

—Un bazar X.

—Una bagatela.

—Un Museo.

—Un... cuerno—dijo al fin el comerciante, herido en lo más vivo de su amor propio profesional—. Tome su dinero y no vuelva a nombrarme más esa casa infecta donde apolillan los libros y dejan que sean devorados por los ratones.

—Pero indemnizan—añadió Morillas, que aquella tarde sentíase neroniano completamente.

—Tome y váyase...

Más contento que unas Pascuas salió Morillas del establecimiento, diciéndose a sí mismo que era lástima que la humanidad científica no tuviera en mayor estima su inteligencia. Y he ahí que de pronto, al pasar por la calle de la Bolsa y darse cuenta de que cruzaba ante una casa de juego, asaltóle una viva tentación de probar fortuna. ¡Hacía tanto tiempo que no jugaba! ¡Si se atreviese! La ocasión era propicia. Un estudiante como él, con cinco duros buenos, era una cosa temible. ¡Quién sabe lo que podía suceder!... Pero se contuvo. Tristemente fué a buscar a Antonio, volviendo de vez en cuando la vista. El corazón se le iba detrás de los ojos; pero Pepe Morillas era honrado a su manera: no engañaba más que al que se dejaba; pero para los amigos era un San Francisco. El camarada que quisiera, podía mandarle como a un esclavo. El se sacrificaba con la condición de darle luego un sablazo.

## V

Era el café de la Paz por aquellos entonces el verdadero centro de los estudiantes. No instalados todavía los "bares" y "tupinambas", que a los pocos meses se extendieron por todo Madrid arrollando a los viejos cafés históricos, tenían que ser éstos los que brindaran a la ruidosa turba estudiantil gratos lugares de esparcimiento y conversación.

Allí, en torno de la no muy blanca y pulida mesa discutían y peroraban sin tino, dejando transcurrir las horas con la adorable inconsciencia con que la juventud pierde el tiempo.

Haciéndoles compañía unas veces, y otras no muy lejos de ellos, veíanse

numerosas mujeres de vida fácil que también prodigaban sus ocios, tomando su café, quién sabe en virtud de qué prodigiosas economías. Porque la bohemia de aquellas muchachas era complicada. Juguetes del capricho de unos y víctimas de la explotación de otros, ni eran dueñas de su cuerpo, ni de su alma ni de su bolsillo. Las consumaciones que hacían, ¡cuántas veces las dejaban a deber si no llegaba el amigo dadivoso o el incauto adinerado a satisfacer su importe!...

¡Tristes días aquellos, siempre recordados con emoción!... ¡Cómo se presentaba ante nuestros ojos la exis-

tencia, sin las galas de la poesía ni los encantos de la felicidad!... ¡Qué vida la que se nos revelaba, tan angustiosa y tan negra!... Lo que sucedía era que con el optimismo de los veinte años todo se engrandecía y alegraba.

Con una chica de aquellas vió Morillas a Jiménez. Departían enamorados y radiantes bajo la indiferente mirada de un camarero.

Al verlos no pudo reprimir Morillas un movimiento de extrañeza.

—¡La Encarnación!..., se dijo, y aproximándose a la pareja feliz, dió un ¡viva a la vida! que resonó alegremente en todo el café.

Luego, entregando cuatro duros a su amigo, sin aceptar la invitación de éste, desapareció veloz.

El duro que se había guardado le pesaba. Acordábase de la calle de la Bolsa y de la mesa de juego. Tenía la certidumbre de que aquella tarde sería rico, y yendo a buscar a su satélite Gracián, preparó su plan de ataque contra los tahures...

Dejémosle encaminarse a los pintorescos lugares donde pronto lo hallaremos, y volvamos a Jiménez y a su amante, protagonistas de esta historia, que se puede decir que empieza ahora.

Fué una buena noche cuando por primera vez se vieron en aquel mismo café que desde entonces tuvo algo de nupcial para sus almas. Solitario Antonio, no se sabe por qué atracción misteriosa fijó sus ojos en la chica, que ensimismada oía la música de la banda. ¡Era tan rubia, tan exquisita, tan delicada!... Atentamente la contempló durante algún tiempo y no dejó de llamar su atención el hecho de verla suspirar frecuentemente como si misteriosos y profundos sinsabores la conturbaran. En varias ocasiones sus miradas se cruzaron. Cierta dolorosa simpatía se despertó en sus corazones, que a distancia se acariciaban. Sonreía la mucha-

cha al estudiante, que, como si despertase de un sueño, creyó que con aquellas sonrisas quien le llamaba era la vida. Y aproximándose a la mesa ocupada por la chica, pidió permiso para sentarse a su lado.

Aceptó de buen grado la compañía la aludida, y, como entre dos seres de veinte años la confianza se entabla pronto, hubo que ver a los dos muchachos departir como dos antiguos conocidos y fraternales camaradas.

—Yo le he visto muchas veces ya —dijo la joven.

—Es posible. Yo a usted no.

—Estaba usted con sus amigos. ¡Y como a mí me asustan tanto los estudiantes!...

—Pues yo lo soy.

—Pero no como los otros.

—¡Ah!...

—Me llamó siempre la atención verlo tan serio, tan estudioso...

—Es mi carácter. ¿Cómo se llama usted?

—Encarnación. Pero hábleme de tú.

—Como desees.

—¡Estoy más aburrida!...

—¿Por qué?

—Porque pensar solamente que tengo que volver a casa, me horripila.

—¿Es posible?

—No lo dudes.

—¿Y se puede saber?...

—La vida. La mala vida...

—Tienes razón. ¿Pero tu casa no es tuya?

—Es de mi madre, que tiene recógidos a mi hermano el casado y a su mujer y a sus hijos, y como nadie trabaja allí, tengo que ser yo la que mantenga a todos.

—¡Pobrecilla!...

—Si tú quisieras venir conmigo...

—¿En calidad de qué?

—¿Cómo?...

—Tienes razón. No me comprendes.

—¡Estoy más sola!... Siempre encima de mí no me dejan ni respirar...



Y yo daría la vida por tener un novio que me quisiera mucho, que me llevara al teatro, que me cuidara, que me atendiera, que fuera bueno y no viniera a explotarme...

Dos lágrimas rodaban por sus mejillas. Enternecido el estudiante guardó silencio. La vida volvía a revelársele como en el hospital: con toda su repugnante desnudez.

—Sí—continuó la muchacha—; no sabes lo que padezco... Y ya ves; ahora que te lo he contado parece que me siento más tranquila.

—Pues sigue hablando, que yo me compadezco de ti con todo mi corazón.

—Nada más. No se decirte nada más.

Volvió a guardar silencio. Y en aquella breve pausa tornó Jiménez a examinarla. Era muy bonita. La juventud poseía en su rostro todos los encantos que ella atesora. Pálida, esbelta, graciosa, linda, frágil, sentimental y algo ingenua..., ¡qué rudo contraste el de su aspecto y sus pa-

labras!... Ajada flor, virgen caída, ángel profanado..., ¡cómo despertaba en el corazón del estudiante el latente romanticismo propio de toda alma generosa y noble! Purificar aquel espíritu seguramente virginal y bondadoso, sería una acción loable, meritoria y digna. Una compasión infinita se apoderaba de él, que atraído hacia la moza por un deseo carnal, se hacía fuerte dominando sus pasiones con el propósito de hacerla buena. La hora fatal del cariño llegaba para Antonio Jiménez. ¡Ay del que a los veinte años no tiene una novia honrada, fiel y virtuosa!... Caerá como cayó Antonio y buscará en el barro que sus pies mancha, perlas adorables que engarzar en la diadema de su cariño!

Salieron juntos del café. Llegaba la noche. Las calles llenas de gente les obligaban a caminar casi abrazados. Decíanse ternezas a media voz. Hablaban a medias palabras, lo mismo que si suspirasen. A veces reían locamente, otras temblaban sin saber por qué. Empezaban a quererse.

## VI

—Hagan juego señores—decía el taurín en el momento que hacían su aparición en la sala de juego Morillas y Gracián. Llegaban cogidos del brazo, retadores y admirables. El uno silbaba una canción popular y el otro ponía sus ojos de una en otra parte como persona acostumbrada a la clase de gentes que ocupaban el salón. Eran siempre las mismas. Sus caras pálidas ya las conocían nuestros amigos, que se pusieron a observar juego y a mirar las apuntaciones que algunos jugadores estudiosos hacían en unos papelitos preparados al efecto. Allí se veía la historia de cada baraja

y allí se volvía loco el más cuerdo viendo tantas rayas, cruces y números. Pero nuestros amigos no se arredaban. Listos como el hambre, adivinaban lo que aparecía consignado en las tarjetas.

Después de unos cuantos minutos decidióse Morillas a cambiar su moneda.

Arrojóla sobre la mesa diciendo:

—Cambio de un ducado.

—¿Cómo?—preguntó el empleado.

—De un florín—añadió Morillas.

—¿De este duro?

—Sí, señor. De ese escudo.

Aquellas breves palabras tuvieron

la virtud de que todos se fijaran en los recién llegados. Algunos los conocían y haciéndoles un hueco les invitaron a sentarse.

Así lo ejecutaron nuestros amigos. Morillas, en posesión de sus cinco pesetas, esperaba el soplo de la inspiración para decidirse a jugar. Esta vino al fin, e iluminado aventuró una moneda, que pronto fué barrida por la raqueta del pagador. Había perdido; mal principio.

Con chanzas, cuchufletas, ironías y alegres comentarios disimularon Morillas y Gracián su contrariedad, que fué aumentando hasta lo inenarrable cuando vieron que una tras otra desaparecían tres más, quedando reducido su capital a una sola peseta. Aquello era la ruina. ¡Y en cuatro pases! Ni siquiera habían tenido la suerte de ganar alguna vez para tantearse y esperar la suerte. Pero ellos eran ellos y por algo temidos y considerados como los reyes del *galápagu*, nombre arbitrario que se aplica en las casas de juego a los que, jugando con malas artes, colocan su moneda después de cantar el pase, operación de la que eran verdaderos principes nuestros jóvenes amigos, que la realizaban con una maestría asombrosa.

A ella era preciso recurrir si querían salvarse, y a ella recurrieron. La primera vez fué bien. Nadie lo advirtió. La segunda ocurrió lo propio; pero a la tercera ya hubo sus dudas. A partir de entonces el inspector de la sala no les quitó la vista de encima. Sentíanse espiados y vigilados y, sin embargo, se atrevieron a intentar un cuarto galapagueo. Y ¡allí fué Troya!

Gritó el inspector, vociferaron los tahures, defendiéronse los estudiantes, auxiliados por los demás jugadores, que en cuestiones de esa índole siempre van en contra de sus vampirescos explotadores, y, parada a partida, todo era discutir y hablar a voces, escandalizar y acusar unos y

defenderse los otros. La cuestión no llevaba trazas de arreglarse nunca. Agriándose por momentos amenazaba tomar otras graves derivaciones por la intervención de un torero, que, colocándose de parte de los amigos, hablaba de acabar aquello a tiros... Y al fin hubo de transigir el inspector, que llamando aparte a Morillas le propuso un pacto.

Indignado el estudiante se negó en principio a toda transacción. ¡Ya sabía lo que le esperaba!

Aprovechándose Gracián, metía más bulla. Como gallo de pelea reclamaba violentamente posturas imaginarias, amenazando con denuncias, venganzas personales y demás represalias. Aquello era un verdadero campo de Agramante. Asustado el inspector dijo a Morillas:

—Bien. ¿Cuánto quiere usted por irse?

—Yo, nada. Pero mi amigo... Es hijo de un diputado...; sobrino del presidente del Supremo...; Es una fiera!

—Pues véalo usted.

—No hace falta. Con cincuenta duros yo lo calmaba.

—Pues venga usted.

Y llevándolo a la caja le hizo entrega de diez billetes de a diez duros cada uno.

Radiante Morillas tomó los papiros. Y aunque vió la seña que el inspector hizo a uno de los mozos de la sala, no le dió importancia. Contempló cómo salía el aludido sigilosamente para prepararles una emboscada; ¡pero cualquiera le sacaba ya los cincuenta duros!

Corrió en busca de Gracián, al que en breves palabras dió cuenta del fausto acontecimiento. Era preciso salir, y salir airoosamente. La retirada era lo difícil; pero ¡qué Pandectas!, en trances más atrevidos se habían encontrado ya.

Sin embargo, llenos de recelo se les ocurrió una idea: el torero. Y,

sin vacilar, le expusieron sus temores. Andalúz y reñidor, el diestro vió en aquello una aventura de sangre. Y después de lanzar unas cuantas interjecciones se brindó a guardarles las espaldas. Fortalecidos con aquella providencial ayuda, abandonaron solemnemente la sala.

Mientras caminaban hacia la salida sentíanse seguidos por los matones de la casa, asalariados del crimen, criaturas repugnantes que ponían su valor al servicio de la iniquidad y el despojo. Pero no temblaban. Sa-

bían con quienes tenían que vérselas. Aquella serenidad les salvó, pues amedrentados los bravos por su actitud no se atrevieron con ellos, que una vez en la calle respiraron satisfechos sin saber que en la calle era donde tenían su más temible y feroz enemigo, en la ridícula y mezquina personilla de don Blas de Castro y Díaz, que ceremoniosamente se aproximó a ellos y atentamente los saludó barriendo el suelo con la copa de su averiado y centenario sombrero.

## VII

Don Blas de Castro y Díaz era un gran hombre nacido para llegar a las cimas de las ciencias matemáticas y que por azares de la fortuna se quedó reducido a la categoría de sablista profesional. Inventor de diversos métodos para jugar científicamente, se había arruinado practicando combinaciones infalibles, urdidas a base de logaritmos y cálculos infinitesimales. Astrónomo en otros tiempos, había pretendido aplicar a la fortuna las leyes que rigen el mundo físico, y quiso demostrar algebraica y trigonométricamente que el azar no existe y que el destino es una ficción. En tiempos remotos hubiera sido alquimista, nigromante y hechicero; en nuestros prosaicos días dedicóse a domar la suerte con notorio abandono y sensible menoscabo de sus demás ocupaciones.

Combatido por la adversidad, reducido a una sombra de lo que fué, como era hombre de gran imaginación, no se dió por derrotado. En plena caída, urdió nuevos planes. Y antes de someterse a la fatalidad, que le perseguía, rebélase contra la suerte

indomable. Todos los días los pasaba en las casas de juego, en acecho del jugador ganancioso o el fullero para extraer su ínfima participación de las ganancias de los demás. Con ello alimentaba el vicio y daba alientos a su desmedrado cuerpo.

Testigo de la hazaña de Morillas y Gracián, quiso llamarse a la parte, mas no violenta ni arbitrariamente, sino dulce, pacífica, enternecedora-

mente. Algo sorprendidos quedáronse los estudiantes al contemplarle ante ellos de aquella guisa. Desconociéndole, no podían suponerse las intenciones que abrigaría aquel atento caballero que tan fina y decididamente les saludaba. Respondieron al suyo lo más ceremoniosamente que pudieron, aguardando la salida del buen señor, que con estas o parecidas palabras les dijo:

—Jóvenes amigos: Ante todo les felicito por la nueva combinación de que son ustedes acertados cultivadores. Yo llevo cincuenta años estudiando una que es de resultados tan infalibles y halagüeños que la pongo a su disposición, mediante un peque-

ño tanto por ciento. Si dudan ustedes de lo que les digo, sepan que soy don Blas de Castro y Díaz, doctor en Ciencias exactas, astrónomo y numismático...

—Muchas gracias—replicó Morillas—. Pero la nuestra es buena.

—Pero no científica.

—¡Ah!...

—Sí, señores. En el juego, como en la vida, la ciencia es soberana. Ella debe gobernar todas nuestras acciones y dirigir todos nuestros pasos. Guiarse por el instinto o el capricho, es fatal y censurable. ¿No lo creen ustedes?

Como el dinero da un optimismo y una credulidad tan extraordinarios, Morillas y Gracián, pícaros redomados, escépticos y burlones de suyo, no se sabe por qué rindiéronse a la admiración más profunda. La satisfacción que experimentaban viéndose dueños de un caudal tan importante, les hacía joviales, humanitarios y filantrópicos. Por esto oían con singular atención al señor de Castro, que a sus anchas continuó explican-

do a los amigos los secretos de que era poseedor y dueño.

Morillas, que después de todo era muy espléndido, propuso a don Blas proseguir la discusión, o mejor instructiva charla, en un café de las cercanías. Avinose el de Castro de buen grado y todos se encaminaron calle de Atocha abajo, al café de Zaragoza, a la sazón baluarte espiritual y último refugio de los trasnochados revolucionarios que por aquellos entonces sobrevivían a una época que se fué.

Iba la tarde muriendo cuando en aquél penetraron. Pocos parroquianos veíanse en el amplio salón, que parecía más grande en aquella semi-oscuridad que lo envolvía. A uno de sus rincones fueron nuestros amigos, que se pusieron a oír al señor don Blas con mayor atención que a un santo.

Merendaron opíparamente, bebieron copiosamente, y alegres, confiados y convencidos salieron para jugar en un garito la combinación de Castro.

## VIII

Aquel amor que dominó a Jiménez era inexplicable. Hombre taciturno siempre, cuando despertó a la vida lo hizo con una vehemencia y una acometividad extraordinarias. Convirtió a la Encarnación en un ídolo y la rendía el culto de su juventud y su albedrío. Perdido éste completamente, cometió todas las extravagancias y locuras imaginables, incluso las de abandonar por completo sus estudios para entregarse de lleno al cariño que le hacía ser tan dichoso.

Porque Jiménez lo era a pesar del sufrimiento espiritual que experimen-

taba al pensar que aquella mujer tan adorada llegaba a sus manos después de mil impudicias y profanaciones. Los celos más espantosos le devoraban; pero una sola caricia de la mujer ahuyentaba de su corazón el fantasma de aquel dolor. Todo el romanticismo de su alma, complicóse en aquella novela de sus veinte años y un ansia redentora y excelsa de purificar a la mujer caída, se apoderó de su alma. Cuando en los momentos de honda y aflictiva perplejidad consideraba que él, después de todo, sólo era un amante más de la moza de la

vida, llegaba a la arbitraria, pero satisfactoria y halagüeña conclusión de que el amor crea una nueva virginidad.

¡Pensamiento sublime, idea consoladora y bendita que le hacía fuerte!

Desde el primer día en que empezaron sus relaciones, no tuvo Jiménez más pensamiento que el de apartar de la mala vida a la muchacha y hacerla suya, suya nada más. Y como lo pensó llevólo a cabo. Propuso a la Encarnación su decisión, que fué acogida por la pecadora con mil demostraciones de júbilo y gratitud.

Poco le importaba a Jiménez la escasez en que vivía y la falta de medios con que contaba para soportar la carga que heroicamente echaba sobre sí. Valeroso y confiado en los medios que suministra el amor, emprendió la magna obra de redimir a la irredenta. Y empezó por privarse de todo, por sacrificarse abnegadamente, por reducir su existencia a lo más preciso, para convertirse en un esclavo de la mujer a quien amaba más que a sí mismo. Pero como aquello no era suficiente y la realidad cruel es la losa de los sueños y la enemiga implacable de todas las exaltaciones, tuvo que recurrir al empeño, a la trampa y a la usura y descender al temible arbitrio de pignorar los libros que siempre había obtenido mediante esfuerzos inauditos.

¡Pero qué importaba la ciencia, qué el estudio, qué la misma vida?... Ante la misión que se había impuesto de

arrancar de las garras del monstruo a su adorada, nada suponíale nada. Así quieren los hombres cuando quieren de verdad, y así desearían ser amadas las mujeres que tantas veces tienen a su alcance un cariño igual y lo desatienden y lo desdennan!...

No se crea que no tuvo que luchar Jiménez para conseguir sus plausibles y loables fines. Tuvo que vencer la ruda oposición de la familia de la muchacha, que al enterarse del nuevo amorío de la Encarnación, emprendióla con ésta, temerosa de que el dorado filón no pudiera ser tan explotado como antaño.

En las cavernas de la abyección humana ¡se contemplan tantos crímenes!... Aquella familia que no había vacilado en prostituir y explotar a la única hija, lanzándola al vicio, acogía siniestra y torvamente al nuevo don Quijote, que creyéndose ejecutor de planes providenciales se interponía para arrebatarles su presa. Especialmente la madre era la más indignada. La sola suposición de que un intruso iba a dominar aquel corazón que ella había formado sin inculcarle ningún sentimiento honrado ni ninguna ilusión de bien, la sobresaltaba. Y sólo con dádivas, halagos, agasajos y finezas pudo Jiménez hacerse perdonar en parte el grave delito que cometía de hacer el bien entre seres nacidos del mal y que para el mal vivían, haciendo del mal, por siniestra y espantosa paradoja, fuente de bienes y de venturas.

## IX

En un piso tercero de la calle de San Carlos vivía Encarnación, en compañía de su familia, que por lo vulgar no merecía la pena de ser men-

cionada aquí, de no tener una participación tan directa en esta historia. Coged todo lo arbitrario de la sociedad, amasadlo caprichosamente, for-

mad con ello un todo repulsivo y tendréis la familia de la Encarnación, producto, a su vez, de aquel medio, donde se desarrolló su existencia en plena anarquía espiritual, en plena miseria y en plena abyección. Venida al mundo en un ambiente corrompido, criada en el seno de la pobreza y el abandono, tan horrible fué su infancia, que ni ganas de recordarla tenía. A veces, cuando se acordaba de ella hacía lo con ese dolor de corazón propio de los que no fueron niños nunca. Porque si serlo se llama haber tenido cariño, regalo, mimos y alegrías, ¡cuán pocos eran los que ella había disfrutado! Su padre, borracho profesional, era el verdugo de aquella casa, donde no hubo una hora de paz desde el momento en que el hombre entregóse a la bebida, dando de lado a su ocupación. Consistía ésta en ser guardián de un antiguo almacén, cuyos dueños viéronse precisados a despedirle, por no poder soportar las insolencias y faltas de aquel desventurado. Acaeció esto teniendo la Encarnación doce años, edad en que pudo decir que ya empezó a ser mujer. Porque su madre, contaminada con el ejemplo del marido, hízose holgazana, perezosa y descontentadiza. Por menos de nada emprendiala con la chica, que tenía que sufrir todo género de sevicias porque la cuna de los pobres siempre fué mecida por el ángel del dolor. Por esto vió el cielo abierto cuando dispusieron que se pusiera a trabajar en un taller en calidad de modista. ¡Cuántas veces fué a sus tareas sin haber desayunado y con la esperanza de no comer en todo el día!

Explotada desde su más tierna edad, hízose a la existencia infeliz a que su trágico destino la condenaba. La vida es así, y la mujer siempre tenía que ser la mártir, según la habían enseñado desde bien chica. Porque todas aquellas amarguras que ella sufría eran para que su hermano pudiera bi-

guardear por el mundo y hacerse un sinvergüenza, como acaeció al fin. Llamábase el tal, Aurelio, y desde su más tierna edad distinguióse por su decidido amor a la vagancia. Regalón y consentido, no hubo manera de hacerle elegir oficio. E inútil, granuja y envilecido. Llegó a la pubertad, y de ésta a la juventud con el solo anhelo de ser torero.

En ciertas familias, en aquellas familias humildísimas, donde el hijo varón manifiesta deseos de hacerse torero, todos se llenan de júbilo, ante la esperanza de ser muy ricos. Por consiguiente, el objeto de tales pensamientos es algo sagrado, que primero se adora en el hogar y luego se admira en todo el barrio, donde no falta una buena chica que se enamora de él y le entrega su virginidad y le hace dueño de su corazón y su bolsillo, para dar mayor cartel, renombre, fama y orgullo al futuro astro de la tauromaquia.

Así se forjan los ídolos, así se hacen los dioses en la mitología popular, y así se engrandecen los héroes, que han de ser, andando el tiempo, figuras representativas de un pueblo.

El Aurelio no se sustrajo a la fuerza de la costumbre. Analfabeto, chulapón y pendenciero, era el predestinado a llenar de gloria un hogar que con su triunfo sería feliz. Y esperando la hora de éste, no hacía nada más que frecuentar las tabernas, correr de capea en capea y ser el vampiro de aquellas pobres gentes que con tanto fervor y tan señalada devoción lo criaban y consentían.

No pudo ver el padre el éxito definitivo del hijo, pues murió de una apoplejía antes de que los brillantes auspicios del primogénito se realizasen. Con la pérdida del padre no sustrió aquella familia quebranto alguno. Era una boca la que desaparecía. Ahorro y a otra cosa...

Jefe de familia, sostén de todos y alivio de ociosos y regalones fué la

Encarnación, que con su pobre jornal tenía que atender a todo. Claro está que aquello duró muy poco, pues la misma madre se encargó de iluminar a la niña y hacerle conocer los senderos galantes, por donde las mujeres llegan a las cimas del poder, la hermosura y el dinero.

Sin grandes protestas entróse la chica en ellos. Explotación por explotación, era preferible ésta, pues a lo menos para caminar por el mundo a que se la obligaba a ir, era preciso vestir con lujo y exagerada elegancia. De sencilla Encarna pasó a ser señorita Encarna. Lo mismo que la chica de los del principal y la de los del sotabanco...

Antonio Jiménez era el odioso entrometido que se interponía entre la Encarna y su familia, no se sabe con qué fines. Aurelio, que era hombre y hombre de experiencia, supuso en un

principio que se trataba de las chueirías corrientes entre las mujercuelas de la condición de su hermana; pero se indignó al saber que aquel señorito iba con los fines de retirar a su hermana y apartarla de la vida a que ellos la habían lanzado.

¡Cómo tuvo que transigir el estudiante, que se vió obligado a convivir con aquellos seres aborrecibles y repulsivos! Pero como todo lo adorna y engalana la imaginación, que es el espejo color de rosa que hace encantadora la existencia, Jiménez no se dio cuenta apenas de lo que en torno suyo vivía.

Llevaba en el corazón una novela gentil, amorosa y conmovedora... Páginas poéticas eran aquellas de su grande e infinito amor. Respetemos su dulce credulidad, porque siempre es hermoso ver a alguien que cree en *La Dama de las Camelias*.

## X

Dejamos a Morillas y Gracián en poder de don Blas de Castro, dirigiéndose a una nueva casa de juego para probar la combinación aristotélica del astrónomo. Hora es ya que los volvamos a encontrar, pues las aventuras que les acaecieron dignas son de señalada mención.

Hay que saber en primer lugar que don Blas de Castro y Díaz, que preconizaba el juego científico, no había ganado una sola vez en su existencia. Jugaba por jugar y por el vicio que domina a todos los que son poseídos por el espíritu maligno. Probaba fortuna como cualquier ignorante, y como siempre lo hacía lleno de necesidad, perdía por obligación. Claro está que siempre se retiraba de las casas de

juego en posesión de algún dinero, pero era debido a que nunca o casi nunca faltaba algún incauto o algún amigo generoso que le daba algo. Había malas lenguas que aseguraban que el buen don Blas era gancho de la misma casa donde llevó a los estudiantes; pero esto no nos importa. Lo que sí nos interesa y mucho fué que, preparados los tres jugadores con toda clase de elementos para desarrollar la fórmula algebraica de don Blas, pusiéronse a ejecutarla bajo la dirección del eximio matemático, que no sabía de su asombro al ver que ganaba; por vez primera en su vida...!

La suerte se hacía más dócil y, halagüeña, la fortuna le acariciaba. El pobre don Blas creía volverse loco de

remate contemplando aquel montón de fichas que ante él se acumulaban, engrosando por momentos.

La hora de la ansiada reparación llegaba para el infeliz, que, muerto de miedo ya, dejó solos a los estudiantes, que, guiados por su propia inspiración, eran verdaderos domadores del azar. Acierto igual nunca fué igualado. Todos contemplaban con admiración a los iluminados muchachos, que haciendo caso omiso de los consejos de don Blas, iban acumulando las ganancias, regodeándose mentalmente con las diversiones de que iban a disfrutar con tantísimo dinero. Animando al compañero que la casualidad les deparara, también sentíanse fortalecidos por aquel éxito que coronaba una corta pero accidentada vida de privaciones y deseos. Y ante la perspectiva de un par de meses de juergas y galanteos mostrábanse más audaces.

En fin, ganaron los estudiantes, ganó don Blas. Con quince mil pesetas salieron de la casa y, encaminándose a un restaurante de gran moda, hicieron por el camino las particiones del dinero. Correspondieron a cada uno cinco mil lindas beatas. ¡Cómo bendijo a la Providencia el buen don Blas, que, al fin iba a tener un gabán de entretiem po, ilusión de toda su vida!

Si grande fué el júbilo de don Blas, que casi enajenado llamaba hijos a los estudiantes, no fué menor el de éstos, que convertidos por obra y gracia de lo imprevisto en verdaderos potentados, constituyeron aquella noche la admiración de todos los asistentes al restaurante, que maravillados los contemplaban ebrios de felicidad, alborotadores y triunfales.

Pródigos hasta la exageración derramaron el dinero. Agasajaron a todos los vecinos de mesa, regalaron flores a una porción de mujerzuelas que ambiciosamente los contemplaban, y borrachos, aturdidos y felices, salieron, llevando en medio a don Blas, que, rejuvenecido con aquella inyec-

ción de oro, conmovido y alborozado, cantaba la Marsellesa a pleno pulmón.

Separáronse jurándose a mi s t a d eterna, y una vez solos los dos amigos, dirigiéronse a su domicilio para hacer partícipes a sus compañeros de hospedaje de la felicidad que les acariciaba. Pero en el camino se arrepintieron. ¡Qué domicilio ni qué casa de huéspedes! Diversión, diversión constante. ¡Al café de la Paz! Y al café de la Paz se dirigieron, adonde entraron en ocasión que la banda militar ejecutaba una canción que una artista había hecho popular.

¿Para qué relatar el entusiasmo de los amigos de nuestros amigos? Divulgada la noticia, pronto se extendió por todo el café de manera tan ruidosa, que llegó a oídos de Jiménez, que en el otro extremo del café, y en el lugar que allí era conocido con el sobrenombre de la Vicaría, hallábase con Encarnación devorando dolorosamente el primer disgusto que entre ellos había surgido.

¡Primer disgusto de amantes! ¡Primer disgusto de enamorados! ¡Cuán distinto era el que entre ellos había surgido al de los demás. Porque allí se trataba de algo fundamental, serio y amenazador.

¿Desencanto? ¿Desilusión de la moza?... ¡Quién lo sabía!... La cuestión era que desde hacía poco tiempo mostrábase la muchacha distraída, ausente y descontentadiza. Ya estaban cerca de un mes en relaciones íntimas, fecha desde la que Antonio se había encargado de mantener a la muchacha, que, agradecida en principio a las bondades del estudiante, fué trocando poco a poco aquella ardorosa gratitud en abandono y displicencia.

Criada por otra vida, no era la que le proponía el estudiante la más propia para alimentar su corazón inquieto y envenenado por el ambiente donde se había formado. Y como si la inquietud de su corazón fuera poco,

allá teniais a la familia estimulando todos los sentimientos perniciosos en aquel corazón que ellos habían llenado de ignominia, forjándolo para el mal.

Y amaba al estudiante. Más que amarle lo admiraba. Comprendía la bondad que había en el corazón de su novio, que, infinitamente superior a ella, la dominaba con su inteligencia y su bondad. Pero la desigualdad de costumbres y educación que los separaba acentuábase con el tiempo.

Otra cosa que había sido explotada por la familia de la Encarna en contra del estudiante había sido la pobreza de éste, que echando sobre sí la penosa tarea de sostener aquella familia, tenía que llevar una vida miserable para que Encarnación pudiera arrastrar una existencia relativamente holgada.

¡Y qué transformación la experimentada por el estudiante en el breve espacio de tiempo que llevaba en relaciones con la mujer de la vida! El hombre de estudio, reflexivo, modesto, juicioso, cuerdo, delicado y noblemente ambicioso desaparecía, para dejar libre el paso a ese otro hombre que todos llevamos dentro, y que es como la antítesis y la oposición de nosotros mismos. A la reflexión había sucedido una acometividad ciega y casi bárbara; al deseo de purificarse y engrandecerse, un insensato e irre-

sistible afán de ser rico y comprar aquella mujer que ya no era amada, sino aborrecida.

En la lucha de sexos que entre ellos había se planteado, reconociéndose vencido el hombre, casi aborrecía a la mujer indómita que nunca sería suya en la verdadera y completa aceptación de la palabra.

Aquella inquietud de su vida actual repercutía en todos sus actos, especialmente en sus estudios. Una larga vida de abnegación y trabajo era borrada, anulada, destruida por la perversión y el desenfreno, perversión espiritual, desenfreno de su alma, que sin lazo alguno lanzábase al abismo de todas las locuras. ¡Y cuán sangrienta era la que le privaba de la razón, haciéndole rodar a los pies de aquella chica inconsciente que se avino un día a escucharle por curiosidad e indigencia sentimental! Colocados ambos en los dos polos opuestos de la vida, si se atraían era con la fuerza de dos cosas antagónicas.

La presencia de Morillas y Gracián en el café sacólos de la abstracción en que estaban. Agradeció la Encarna la llegada de los dos estudiantes que iban a distraerlos, y sonrió Jiménez al verlos. El que antes censurara la conducta de los dos aturdidos estudiantillos admirábalos a la sazón. Porque era preferible ser como ellos a verse como se veía él.

## XI

Alentado por la necesidad que experimentaba, no vaciló Jiménez en pedir al bueno de Morillas unos cientos de pesetas para hacer frente a los mil compromisos que loca y voluntariamente se había creado. Claro está que Morillas, siempre grande, le facilitó el

dinero, con el que Jiménez atendió a los más perentorios gastos, echando el producto de su sablazo en el abismo sin fondo de las necesidades de la familia de la Encarnación.

Aquella suma, obtenida tan a tiempo, llevó un rayo de alegría a la casa

de los amantes, que parecieron renacer a un nuevo amor con aquel pequeño auxilio.

Satisfizose el Aurelio, que de años atrás vivía en compañía de su madre, rodeado de su endiablada familia— dos chicos y una mujer haragana—; acalló la madre su malquerencia y respiró la Encarnación, que, después de todo, no era más que un ser sin voluntad al lado de los suyos, que la encaminaban por donde querían.

Jiménez, con el generoso optimismo de su noble amor, creyó una vez más en la pureza de su adorada, y como siempre se hallaba propicio a creerla buena, olvidó pronto los destellos de perversión que había sorprendido en la muchacha.

Una vez algo tranquilo, quiso reanudar su vida y volvió a sus estudios, y tornó a San Carlos con ese abandono con que los que han perdido todo en el mundo realizan cualquier trabajo, sin que les acaricien ni la esperanza ni la ambición. Perdida su voluntad en aquella aventura, era otro distinto al de pasadas épocas de ilusiones jubilosas y alentadoras. Había envejecido en aquellos cuatro meses. Y cuando sus compañeros de hospital lo contemplaron de nuevo, apenas le conocían.

Sor Caridad, la adorable monjita, acogióle como a un hermano infeliz y desgraciado. Y como hay dolores, preocupaciones, sentimientos y tristezas que sólo ante una mujer pueden descubrirse, fué ante sor Caridad donde lo hizo Jiménez con sus infortunios.

Fraternalmente habían convivido en aquel santo hospital, ayudándose mutuamente en la filantrópica misión de aliviar el dolor ajeno. Admiradora entusiasta del estudiante había sido a todas horas la monja morena, andaluza y graciosa que desde lejos asistía a las tragedias del mundo para ver de cerca solamente el resultado de todos los dramas, que empezaban más allá de su refugio e iban a terminar

entre sus muros. Por esto le dolía tanto aquel nuevo drama de que era protagonista el infeliz estudiante, que llorando ante ella como un niño le explicó su amor endemoniado y terrible.

Querer a la Encarnación tan locamente era su destino. Y aunque los que estuvieran por encima de aquel amor se rieran viendo aquel iluso que así trocaba las pastoras en princesas, los molinos en gigantes y los rebaños en espantables ejércitos, siempre existía la gran verdad de aquel cariño insensato.

Cuando se tiene imaginación y, además, un alma exaltada, es así como se ama. Los que por temperamento consideran el cariño como cosa secundaria y se quieren a sí mismos más que a nada, son seres condenados a su egoísmo, que los hará felices, pero que nunca les convertirá en seres capaces de nada heroico, abnegado y generoso.

Por esto comprendía la monjita los sentimientos de Jiménez. En el misticismo de su corazón hallaban un eco las palabras que la conmovía.

Hablaban aquella tarde en el cuarto de los internos, donde había ido la hermanita a buscar una receta. Detenida un momento por la curiosidad, se habían ido enredando las palabras de tal modo, que lo que empezó en charla insignificante se iba convirtiendo en íntima confidencia. Relataba el estudiante los episodios de su cariño y por casualidad hablábala también de la vida mala, tan relacionada con su pasión. Absorta la monja, lo escuchaba enternecida. Aquellas palabras tan sentidas que brotaban de un corazón apasionado y dolorido iban a clavarse en el suyo. Sin saber por qué quería llorar. Las lágrimas se anudaban en su garganta y comenzaban a ahogarla. Algo jamás experimentado se apoderaba de ella, que mirando al estudiante con sus ojos negros, luminosos y acariciadores, lo contemplaba como nunca lo había visto. Y no pu-

diendo sustraerse a su emoción, temerosa al mismo tiempo de aquellos sentimientos que se apoderaban de ella, desapareció de la sala, dejando a Jiménez entregado a sus reflexiones.

Amar, amar así, ser amada de aquel modo, ser el objeto de una devoción tan grande... ¡Y la vida horrible ahogando aquellos nobles estímulos...! ¡Cuán preferibles no eran aquellos baluartes de abnegación que la piedad ponía al servicio de las buenas al-

mas...! Una vez más bendijo a la religión que así la ponía a ella—espíritu sensible, delicado y tierno—a cubierto de las infamias de que todos los días tenía espantosas noticias.

Sola, en el cuarto de las religiosas, dió libre suelta a su emoción. De rodillas ante el altar, lloró sin consuelo...

¡Amor, eterno amor...! ¿Por qué ella no había sido acariciada por uno igual?

## XII

Amigos ociosos e indiscretos fueron poniendo a Jiménez en antecedentes de lo que él hubiera querido ignorar siempre. A la Encarnación se la había visto en lugares de galanteo, como en otros tiempos. En el antiguo Fornos exhibíase constantemente, mal avenida a la existencia de retraimiento que el estudiante la imponía. Morillas habíala contemplado varias veces, ya que el pícaro, entregado a la tarea de gastarse el dinero, era punto fuerte, en compañía de Gracián, en todos aquellos sitios donde se rendía culto al vivir más o menos dorado y elegante. El estudiante, superadinerado y libertino, no había dado importancia a aquello, que, después de todo, era lo que hemos dado en llamar la eterna historia. Enamorado a su manera de una francesa que quería llevarlo a todo trance a la República Argentina, y a la que él le gastó unos miles de pesetas que la francesita tenía guardados en el Credit Lyonnais, importábase muy poco lo que en torno suyo se agitara o sucediera. Habló con la Encarnación, que se lamentaba de la actitud de Jiménez, y tornó a su dispendiosa vida...

Jiménez, al saberlo, pensó en morir;

pero se resignó. La abyección de su alma era ya tal, que se avenía a todo, con tal de no perder a su querida.

Los malos triunfaban una vez más sobre los buenos. Los perversos derrotaban a los virtuosos, la locura se imponía, el desentreno victoriosamente se enseñoreaba una vez más de los corazones. ¿Para qué asustarse?

Aquella página de amor iba llegando a su fin.

Un suceso trágico, que conmovió a todos, vino a distraer por aquellos días al pobre Jiménez. Luis Gómez, el amante de la doña Petra, había caído gravísimamente enfermo, víctima del tífus, que en pocos días acabó con aquel muchacho fuerte y animoso, cuya vida se extinguió lenta y dolorosamente, sembrando el dolor en la alegre casa estudiantil, que parecía víctima de una maldición. El espectáculo de aquel muchacho que moría lejos de los suyos, y que rendía su tributo a la eternidad en plena juventud, fué desolador. Jiménez no se había separado un momento de su lado, lo mismo que sus demás compañeros, que cuidaron al pobrecito con toda la piedad de que eran capaces. Gracias a la esplendidez de Morillas

y Gracián, no careció de nada el desdichado, que dejó de ser, después de breve agonía, despidiéndose de sus amigos, a los cuales llamó uno por uno para darles el supremo adiós. La enamorada doña Petra, viuda nuevamente, creyó volverse loca.

En aquel mismo comedor, lugar de acción de tantas escenas jubilosas y alegres, instalaron la cámara mortuoria...

¡Pobre muchacho!

Triste fué su entierro, al que no acudieron más que sus compañeros de hospedaje, que lo dejaron en el seno de la tierra hospitalaria, en un helado cementerio que daba idea de la muerte más pavorosa...

Ellos que traían de sus pueblos el recuerdo de aquellos alegres y floridos camposantos, en que la misma idea de ultratumba es algo acariciador y placentero, sintiéronse sobrecogidos de espanto al contemplar la espantosa soledad de aquellos sepulcros, cubiertos de perpetuo hielo... La muerte, fría y pavorosa, se les revelaba, para mayor aficción de sus corazones, que dejaban allí, en una anónima sepultura al amigo del alma, que fué tan bueno...

La República del 29 fué estremecida por el dolor. La vida empezaba para los que la constituían, con aquel triste episodio, que fué comentado en la vecindad de mil maneras y sirvió para dar pasto durante unas pocas horas a la murmuración y a las hablillas de las comadres del barrio.

La noche del entierro, cuando fué Jiménez a buscar a Encarnación, no la encontró. Halló cerrada la casa, y al preguntar a la portera, supo que la familia había levantado el vuelo, al parecer, para irse fuera de Madrid.

Mentía la portera, como le dijo una vecina que le puso en antecedentes de la verdad. La Encarnación huía del estudiante, y habíase convertido en protegida de un opulento bilbaino que la madre la había hecho preferir...

¡Solo...! ¡Muy solo...! ¡Solo con el recuerdo de su cariño y con la realidad de su espantoso dolor...! ¡Al estudio nuevamente y al deber inflexible de vivir...!

Haciéndose fuerte el estudiante y sobreponiéndose a su amargura, quiso olvidar y ser digno... El latente orgullo que había en su alma se rebeló en un principio y condenó al eterno desprecio a la impúdica y desagradecida mujer. ¡Insensato! ¡Cuánto más terrible no fué el nuevo dolor que se apoderó de él al hallarse solo!... En el hospital, adonde volvió a ser el de siempre, acalló sus cuitas con el dolor ajeno. Pero a solas eran terribles las crisis que le enloquecían. Reanudó la correspondencia con sus padres, a quienes tenía olvidados. Las cartas de su madre le llenaban de una inefable tristeza. Pensaba en ella, y la veía tan buena, tan compasiva, tan desgraciada...! ¡Si ella supiera lo que le ocurría...! Cuando, asaltado por la locura, pensaba en morir, acordábase de la pobre madre, que era la que le reconciliaba con la existencia... ¡Vivir para ella, para que la pobre no sufriera...!

Sor Caridad había huido de su lado. No sabía por qué, la veía muy pocas veces. Por cierto que la monja parecía también hallarse enferma. Se notaban en ella sensibles e inexplicables distracciones. No parecía la misma. A las mujeres de infame significación que iban a su sala las acogía con notorio desagrado, que la hacía parecer cruel. Que Dios la perdonara, pero era aquello superior a su voluntad y a su espíritu religioso.

Ha pasado el tiempo. Llegaba la época de los exámenes. El dulce mes de Mayo iba corriendo. La gracia de la Naturaleza se apoderaba de las almas, que, poseídas por ella en el hermoso panteísmo de la creación, se fortalecían y agigantaban. Jiménez, algo

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA

Biblioteca Provincial  
Sofía Moreno García

más tranquilo, dando un adiós a la juventud, taciturno y mal herido, se cubra con la firme decisión de no más servir a señor que se le pudiera morir. Lentamente había conseguido olvidar en parte aquella dolorosa historia de que había sido víctima y protagonista. Como pudo salió de sus exámenes y aprobó a regañadientes el curso. El verano transcurría. No quiso aprovechar las vacaciones e ir a su pueblo. Madrid le fascinaba. Mientras todos sus compañeros, lejos de la corte, hallábanse en sus tierras, él permanecía en la casa de la calle del Olmo, en unión de doña Petra, que parecía un espectro de lo que fué. Así empiezan las novelas y así acababan...

Con la llegada del mes de Septiembre volvieron a alegrarse las aulas. Golondrinas los estudiantes tornaban a sus tareas, llenando de alegría y vida cafés, bailes y hospederías; Motrillas, Gracián, Ciruelo...

Reanudó don Gonzalo sus lecciones y sor Caridad, ayudándole, ya no era la de antes. Su carácter había cambiado mucho. Se había convertido en despótica y cruel. Con Jiménez apenas si cambiaba el saludo. La vida es agua que corre, pero que cambia, corre y destruye los sentimientos, los afectos y las ideas...

En visperas de terminar la carrera, Jiménez quería prepararse para unas oposiciones. Todas las mañanas pasaba un par de horas en la sala de disección del hospital, estudiando sobre los cadáveres los mil casos de urgencia que la realidad plantea. Ausente de sí mismo, el estudio constituía su única ilusión. Sufría; ya era hombre...

De aquel amor pasado y tempestuoso recordaba muy de tarde en tarde páginas sueltas que le acariciaban. A veces sufría pensando en que aquella mujer a quien él quiso alejar de la infamia, había vuelto a ella. Aque-

llo duraba un sólo instante, pero era suficiente para entristecerlo. Enseguida se distraía pensando en que la Encarnación ni siquiera le recordaría...

Así pasaba el tiempo piadoso y consolador, y así se desarrollaba la existencia de todos los protagonistas de esta novela.

Una mañana en que como de costumbre había ido Jiménez a la sala de disección, vió que el conserje le había preparado un cadáver. Tapado con un blanco lienzo, en la mesa, se dibujaban bajo su grosero envoltorio las líneas de aquel cuerpo lleno de vida en otro tiempo y rígido, inerte en aquel momento. Jiménez, acostumbrado al espectáculo aquél, ni siquiera se preocupó. Colocándose la blusa dispúsose a trabajar. Quedó sólo en la desierta e inmensa sala. Llegóse al cadáver y al destaparlo quedó helado y medio muerto...

¡La Encarnación!... Allí la veía, rígida e inmóvil, apagada su hermosura y destruida su belleza... ¡La Encarnación!... Al tocar de nuevo aquel cuerpo que él había santificado con sus caricias, sufrió algo parecido a una sacudida eléctrica, y abrazándose a él rompió a llorar como un niño, besando aquella boca que él quería calentar con sus besos de enajenado...

Sacáronlo de allí casi sin conocimiento. Condujéronle al cuarto de los internos. Una fiebre altísima le abrasaba. Cada uno explicó a su modo lo sucedido. Únicamente sor Caridad, conocedora de lo ocurrido, comprendió el drama que había tenido aquel epílogo sangriento e inesperado. Consagróse a cuidar al pobre Jiménez, cuya vida amenazaba extinguirse. Y una noche en que Morillas entró sigilosamente para ver a su pobre amigo, vió a la monja que depositaba un beso en la frente del enfermo...

Eran dos amores; los dos amores que existen en la vida de todos los hombres: el amor malo y el amor de-

licado, tierno, espiritual y purificado.

Morillas, que era un escéptico, se conmovió algo al ver aquéllos. Como era generoso y noble, comprendió el cariño silencioso e infinito que reinaba en aquel espíritu recto e inflexible, que, al fin, se rendía en una hora de compasión y piedad...

La monjita, viéndose sorprendida, lanzó un grito y, ruborosa y avergonzada, cruzó sus manos, implorando no sabía qué perdón; pero Morillas alargó las suyas y estrechó las temblorosas de sor Caridad.

Y sin decirse nada se dijeron todo.

—¿Cómo está?— inquirió Morillas.

—Lo mismo— contestó la interpelada.

—¡Pobre Antonio!

—¿Vendrá su madre?

—Seguramente.

—¡Qué horrible desgracia!

—Desde luego. Porque esto es la muerte de su juventud. Si salva, ya será un hombre, porque ha sufrido y ha llorado la pérdida de todas las ilusiones y todas las idealidades generosas y redentoras. En la sala de disección lo que vió fué el cadáver de su romanticismo... ¡Más vale así...!

—¿Por qué...? No diga eso... Ahora es cuando empieza el gran romanticismo de la vida: el romanticismo del deber y el sacrificio... Se lo digo yo, que sé lo que es...

Volvieron a callar. La monja, aprovechando el silencio, se puso a rezar; Morillas, que era un incrédulo, quiso creer en aquel momento, e inconscientemente fué siguiendo a media voz las plegarias de la monja, que, pá-

lida, dulce y enlutada, parecía el ángel de la redención y el amor de caridad, único amor que nos engrandece, purifica, redime y salva.

¡Bienaventurados los que lo sienten y lo practican, porque del fondo de sus dolores extraen los divinos principios de la misericordia y de la piedad...!

Morillas aquella noche se hizo viejo. Se propuso purificarse a todo trance y ser bueno, abnegado y virtuoso...

¡Juventud!... ¡Divino tesoro!... ¡Antesala de la vida!... ¡Edad de oro, ambiciosa y envidiable!... Más vale que desaparezcas tan pronto para preservarnos de las mil generosas locuras que contigo cometemos!...

Salvóse Jiménez. Sor Caridad pidió ser trasladada a otro hospital. Morillas se hizo hombre de orden. Gracián fué, andando el tiempo, diputado conservador... Don Blas de Castro murió de alegría viéndose rico y doña Petra traspasó su casa de huéspedes en ventajosísimas condiciones...

Pero lo que no ha sufrido transformación es el cuarto de los internos, quienes de generación en generación transmiten la historia de Jiménez, cuya aventura ha quedado en San Carlos como una de esas leyendas de hospital que todos los estudiantes refieren sin responder de su exactitud. Pero que es verídica puede decirlo el Excmo. Sr. D. Antonio Jiménez, rector de la Universidad de Valladolid y afable catedrático de Patología en aquella Facultad...

*Juan López Núñez.*

# Servicios de la Compañía Trasatlántica

## Línea de Cuba-Méjico.

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña, para la Habana y Veracruz. Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña, Gijón y Santander.

## Línea de Buenos Aires.

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz, para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y Montevideo.

## Línea de New-York, Cuba-Méjico.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para New York, Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana con escala en New York.

## Línea de Venezuela-Colombia.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico; Canarias, Cádiz y Barcelona.

## Línea de Fernando Póo.

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz, para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa.

Regreso de Fernando Póo haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

## Línea Brasil-Plata.

Saliendo de Bilbao, Santander, Gijón, Coruña y Vigo, para Río Janeiro, Montevideo y Buenos Aires; emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires para Montevideo, Santos, Río Janeiro, Canarias, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.

Además de los indicados servicios la Compañía Trasatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New York, puertos Cantábrico a New York y la Línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen Telegrafía sin hilos.

También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares.

LAS FECHAS DE SALIDA SE ANUNCIARAN CON LA DEBIDA OPORTUNIDAD

LA BUENA DIGESTION ES LA FUENTE DE LA SALUD



V. TIENE UN PESO EN EL ESTÓMAGO

Sus digestiones son largas y dolorosas  
 V siente mareos, vértigos, ardores  
*Todas estas enfermedades desaparecen por el uso regularizado del*  
**DIGESTIVO Jost** EN PEQUEÑOS SELLOS

ES EL REY  
 contra todas las enfermedades del estómago

DIGESTIVO

**Jost**

ASEGURA  
 UNA BUENA DIGESTIÓN  
 Y CURA TODAS LAS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

EN CAJAS DE { Un sello 0,30  
 12 sellos 3,00

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS: SUCESORES DE STEINFELDT - CALLE DEL PRADO 15 - MADRID

## Los Muchachos

Están preparando

**GRANDES  
 CONCURSOS**

y muchas novedades.

Compradlos todos los

domingos

NÚMERO:

20 CÉNTIMOS

## PECHOS

FRANJILLA BELLEGA - MUNDIC  
 CEMENTO EN DOS MARCAS con  
**PILDORAS CIRCASIANAS**

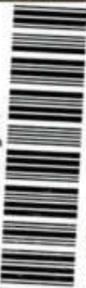
Doctor Brun. Inefectivas. Aprobado por  
 comisiones médicas. 20 años de éxito  
 mundial es el mejor reclamo a pesetas  
 irascas. MADRID, Gernao, E. Durán, Pá-  
 rez Martín; ZARAGOZA, Jordán; VALEN-  
 CIA, Cuesta; GRANADA, Ocaña; SAN  
 SEBASTIAN, Ternero; MURCIA Salquer;  
 VIGO, Sadaba; MALLORCA, Centre far-  
 macéutico; ALICANTE, Anzar; BORUÑA,  
 Rey; SANTANDER, Soterrri; SEVILLA,  
 Espinar; VALLADOLID, Llano; BILBAO,  
 Barandiarán; MABANA, Sarrá; TRINI-  
 DAD, Bastida; PANAMA, «Farmacia Cen-  
 tral»; CIENFUEGOS «Cosmopolita»;  
 CARACAS, Dabois; QUITO, Ortíz; MA-  
 NAGUA, Guerrero; BARRANQUILLA,  
 Acosta-Madiedo. Mandando 600 pesetas  
 calles a Foursarxer, Marqués Duero, 84,  
 Apartado 481, BARCELONA, remítase  
 reservadamente certificado. Muestra gra-  
 tis para convenienciente del éxito.

DESCOMPIAS DE IMITACIONES



B. Dip. Almería

AL-821-LOP-Juv



1023026

# NEUTRÁCIDO ESPAÑOL

VENCE de modo integral y permanente las enfermedades de estómago, hígado e intestinos.

Remedio seriamente científico y único en el mundo, por su eficacia y originalísima composición (azufre, calcio y carbono coloidales). No contiene los nocivos BISMUTOS, BICARBONATOS, MAGNESIAS, COCAINA, MORFINA, etc., que integran todos los demás específicos para el estómago. No produce estreñimiento y lo suprime totalmente. Cura así, el exceso como la falta de ácidos. No obliga al régimen lácteo y permite en breve plazo *camer de todo*, con digestión perfecta. No tiene sabor alguno. Nacido al impulso de tenaces trabajos de Clínica y Laboratorio, ha conquistado su prestigio definitivo por la constante formulación que le dispensa nuestra cultísima clase médica.

Frasco: 6 pesetas

También se expenden frascos dobles (medio litro) a 10 pesetas.



El eminente doctor D.º Luis Mallojo, profesor de Clínica médica de la Facultad de Medicina de Córdoba y especialista del aparato digestivo, dice en un extenso y notable informe:

*"Entre las modernas emulsiones que he actualizado he puesto la 'Neutrácido Español' que ya hoy tengo en grande por lo original de su composición y por su eficacia en los más curados y graves procesos morbosos del aparato digestivo, en un caso en el límite de los mejores, que que los casos, estando indicado con preferencia a todo otro elemento para combatir las Dispepsias hiperclorídicas y anacídicas, dilatación y atonía de estómago, gastritis subaguda... etc."*

Solicite Vd. del concesionario exclusivo D. José María Galán, Arjona, A.—Sevilla, un notabilísimo y tupido folleto que le será remitido gratuitamente.